

Gente en movimiento, cruzando límites y fronteras. Entre el estar y no poder estar plenamente

Fernando Limón Aguirre*

Para la gente de la frontera entre México y Guatemala, pensando en particular en aquellos que con un vínculo con el país centroamericano por nacimiento o por cultura ahora habitan en territorio mexicano, la vida desde hace muchos años transcurre “con un pie en el estribo”, como dice el dicho, el propio o el de algún familiar. Incluso reconociendo que mis referencias provienen con mucha mayor fuerza de gente del pueblo chuj, la reflexión a la que remito no se circunscribe a su historia particular, sino que es compartida por la gente que, con independencia de su filiación cultural, habita como “campesino” la mencionada frontera.

Vivir en esta frontera es hacerlo en un espacio de posibilidades y restricciones, de imaginarios continuos alimentados por realidades con las que se contacta desde una realidad acotada y específica. Al tiempo que restringe, la frontera ofrece posibilidades, como se verá. Estas posibilidades se alimentan por igual de imaginarios que de experiencias corroboradas y de imágenes que arriban y son descifradas de acuerdo con los intereses, disposiciones y condiciones siempre cambiantes y siempre específicas.

Don Pascual nos relató un acontecimiento de cuando vivía en Guatemala y gestionaban tierra propia para vivir como comunidad:

Y llegamos y ahí estaba el señor [funcionario] sentado solito. “Nosotros somos los que venimos ahí en Las Palmas que estamos peleando el terreno.” “¿Por qué piden audiencia a hablar conmigo?” “[...] nosotros, nuestra pregunta: ¿qué cometimos nosotros aquí en Guatemala? Nos diga qué hicimos para que no nos atiendan y nos corran en la calle. Ahora en este caso, si usted no nos atiende, nosotros vamos a trasladar al territorio mexicano; allá llegamos a trabajar y lo hacemos para que mantengamos nuestra familia y hacemos de su conocimiento que nos vamos a territorio mexicano para regalarnos. Queremos un oficio, que van a mandarnos, una orden que vamos a cruzarnos en México. Ustedes, como autoridad que es usted manda, háganos ese dicho para cruzarnos. ¿Qué cosa cometimos con usted? Por eso con ese oficio vamos a llegar en el territorio mexicano; porque ¿caso matamos una persona o por qué? Por eso vinimos.”

“Espere un momento”, dice. Y en ese momento nos dio tiempo para descansar que él analice un oficio. Y ahí estamos hablando, y él pregunta, que dice: “No, es que el señor está enojado porque se tiene que cruzar en México”. Y él se enojó y se levantó para ir con las

* El Colegio de la Frontera Sur.

secretarías y ver qué documento. Como en 30 minutos regresó y nos dio una Carta de Posesión. “Desde aquí doy esta autorización de que ustedes ya son dueños del terreno y nada más va a llegar la medición.”

La movilización planteada en el relato asustó a la autoridad y con eso lograron una gestión que venían haciendo durante años. Esta posibilidad la alimentaba la experiencia de algunas personas de haber trabajado temporalmente en México “para que mantengamos nuestra familia”. Tal experiencia de movilización no era nueva. Desde años atrás los movimientos se daban hacia las fincas, como lo podemos apreciar en otros relatos.

Cuando yo me fui creciendo –continúa el relato de Antil Pelés– fui en las fincas. Son 19 veces fui a la finca. Ni un dinero que llegaba yo a ganar. Únicamente lo que ganaba era un machete o una mudada de ropa, o una cobija, es el único que llegaba a ganar cada vez que iba; sólo 1.50 paga el patrón si sale nuestra tarea. Era lo que pagaba en las fincas. Ahora en este tiempo el mundo está caro, es difícil. En aquel tiempo sufrí de caminar en las fincas, pero nunca me superé para nada.

Ésta es una imagen de moverse para ganar y caer en las garras de una economía que por la propia movilidad se reproducía como perversa. La gente se movía desde las altas montañas chujes hasta la costa. ¿Por qué? Debido a que la gente de la costa no trabajaría por tan poco, ya que resulta indigno trabajar por poco, pero nunca falta el que llega a realizar el trabajo y cuya remuneración se presenta como atractiva. Al final lo que se gana es difícil destinarlo a “superarse en algo”.

Pascual, *el Chuj*, es otro Pascual que el anterior. Este relato lo transcribió Lenkersdorf (1989), en el que relata su experiencia de trabajo en las fincas de la costa. Enfermarse allá era muy común, por lo que con frecuencia no se podía cumplir con el contrato, lo que implicaba que no se les pagara lo acordado ni lo trabajado, que se endeudaran por las medicinas y los servicios médicos recibidos y que debieran continuar trabajando otros días para cumplir el contrato previo y pagar la deuda contraída. Y eso podía repetirse muchas veces.

Y es por esto que nosotros nunca podíamos estar mejorando o desarrollando nuestra situación, sino que todo el tiempo teníamos que estar en la costa. Por eso

muchos hermanos [paisanos] ya no regresaban a sus comunidades, a sus aldeas, a sus municipios o departamentos, porque se quedaban de una vez (*ibidem*: 12).

Kun Tumax lo experimentó en la ausencia de su padre:

Y esa enfermedad, *k'ik' ya'b'il*, era demasiado fuerte [...] Entonces en un lapso de 15 días se murieron todos de mi familia. Es cierto, ahí vivía mi papá, pero por la necesidad se fue a las fincas y él ya no se acordó de mí, sino que me dejó así nomás, porque se fue [...] Pues tiene seis años de abandono de nuestros padre que se fue a la finca, cuando nos vino a ver todavía.

La migración vivida por estas comunidades es una experiencia nada lejana. Moverse puede ser dentro o fuera del territorio del país de origen. El hecho de una frontera internacional que fragmenta pueblos y territorios indígenas presente en todos los continentes es vivido por los pueblos fronterizos del sureste mexicano.

El acuerdo entre México y Guatemala “fijó” límites, pero no se “fijó” en las relaciones entre las zonas fronterizas. Esta situación es interpretada así por Monteforte (1997: 208): “Obligó a las poblaciones vecinas a vegetar en el abandono y a relacionarse de manera espontánea, fijando sus propias normas para convivir armoniosamente”. Más allá de su idea de “abandono”, el asunto es quién fija las normas de convivencia entre las personas de uno y otro lado.

Las fronteras son porosas; están rebasadas por “puntos de contacto”: la historia, la convivencia cotidiana, las normas establecidas “en el terreno” y, sobre todo, las relaciones culturales que no cesan de alimentarse, que se manifiestan y se reconfiguran de múltiples maneras: “Cada punto de contacto conspira en parte contra las normas generales” (*ibidem*: 209).

En nuestra zona de referencia, esto ocurre entre comunidades mexicanas de origen mam, q’anjobal y chuj, cuyo centro cultural, al quedar ubicado en Guatemala, “conspiran contra la norma general”: “México para los mexicanos”. En estos casos el Estado mexicano ha implementado políticas de control que se traducen en negación, segregación, estigmatización y discriminación.

A partir de la salida urgente de los guatemaltecos, iniciada en 1981 a causa de la fratricida y etnocida responsabilidad sobre todo del general Ríos Montt, miles de personas vivieron durante alrededor de 15 años en calidad de refugiados, intentando hacer y rehacer sus vidas dentro de campamentos y bajo el control de las instancias de gobier-

no mexicano, con políticas de amedrentamiento, pues la población guatemalteca era vista como guerrillera. No fue fácil, pero lo más difícil, incluso prohibido y sancionado, fue hacer su vida cultural en condiciones de libertad y dignidad, ya que se les tenía prohibido.

La vida de los chuj en México, su naturalización y adquisición de ciudadanía, tanto los llegados hace 30 años como los que padecieron la frontera y la consiguiente delimitación de identidad nacional (cfr. Limón, 2009), ha estado marcada por dinámicas y políticas discriminatorias y proclives a lógicas y pensamientos mercantilistas, utilitaristas y positivistas que no sólo les fueron y les son impuestas, sino que sobre todo les son desfavorables.

Los chuj han vivido una “mexicanización forzada” con el mensaje, en muchos casos expresado de manera explícita por agentes del Estado (incluidos profesores), de que “ser mexicano” es sinónimo de “no ser indígena” (Limón, 2008 y 2011). Los resultados, ciertamente lamentables, por suerte no son devastadores. Así que los chuj reivindicados, sea cual fuere la cantidad de años y generaciones como mexicanos, se afirman como guatemaltecos: “Nosotros somos guatemaltecos”.

Si alargar la condición de guatemalticidad es el requerimiento para traer consigo y devolverse un modo de vivir y la dignidad de ser parte de su pueblo chuj, no se duda en hacerlo ni en afirmarlo así: no por motivos de una demarcación fronteriza internacional ni por supervivencia se dejará de ser parte de un pueblo.

Las consecuencias de las migraciones “voluntarias” a otros países o regiones y por motivos “menos urgentes” implica, *grosso modo*, lo mismo. Me refiero a la migración de los últimos 13 años, sobre todo a Estados Unidos, aunque también a diferentes destinos en México, en su mayoría motivados por la intención de conseguir empleos que les permitan ganar más de lo que se gana en la región. Durante este tiempo se ha repetido casi lo mismo que en los casos relatados:

- Me voy a mover de acá porque no atendés a mis demandas.
- Me voy de acá porque acá estoy en peligro de subsistencia con mi familia.
- Me voy de acá y no sé cuándo regrese porque no sé cuándo voy a lograr mínimamente mi objetivo.
- Me voy de acá y no sé si veré crecer a mis hijos y si volveré a ver a mi esposa.
- Me voy sin saber si a mi regreso veré alguna superación en algo.

Antes como ahora, la movilización está marcada por experiencias mortecinas: mucha gente que se movió a las fincas no regresó; mucha gente murió en la migración buscando refugio, así como en el refugio. Antes, como ahora, la migración está acompañada de la contracción de deudas impagables.

Ésta ha sido la experiencia de un pueblo que pervive en muchos sentidos, a pesar de tantas dificultades. No hay comunidad fronteriza que yo conozca que no tenga algún migrante. ¿Cómo entender esta migración? Moverse implica tanto sueños como exigencias. Las movilizaciones humanas están cargadas de contradicciones. Ser exigido a moverse no significa siempre lo mismo, pero las migraciones de los pobres tienen detonadores que son entendidos como exigentes. En muchos sentidos las personas que migran lo hacen porque se ven exigidas a moverse, a asumir el riesgo que esto implica. Pero a la vez tales movimientos no están descargados de sueños reales, humanos, colectivos, familiares e individuales, alimentados, como decíamos por imaginarios, por experiencias propias e interpretaciones de experiencias ajenas.

La gente que migra lo hace porque ya lo ha hecho de manera previa y “saben” que el movimiento es posible y que puede traer resultados positivos. Algunos toman la decisión porque son invitados o animados por otros con ilusión, alimentada recíprocamente y envalentonados por la complicidad. Otros siguen el camino o el ejemplo de alguien a quien conocen y que de alguna manera logra realizar algo que resulta ser también el deseo de los demás. Si no en todos los casos, es cierto que entre la mayoría el movimiento se da como el resultado de múltiples diálogos, planes familiares, meditaciones personales y de pareja, valoraciones y cálculos económicos, sociales, de temporalidades y muchos factores más.

Por tanto, ningún movimiento es ingenuo. Se trata de exigencias y de apuestas. Ésta ha sido una experiencia que es parte ya de la vida cultural de estos pueblos de frontera, como lo es el chuj. El trabajo que realizan no da para mucho y por lo general reproduce un círculo vicioso de la economía injusta: realizarán trabajos que la población local no hace, dado que la paga no ofrece el mínimo para proyectar la vida con dignidad en el lugar. De esta manera no se van para ganar mucho. Por ello la apuesta, en el sentido de alcanzar una vida económica digna para sí mismos y para sus familias y comunidades, hasta ahora la han perdido los migrantes, pues penosamente se sigue teniendo la exigencia colectiva de moverse mientras los sueños se siguen alimentado por imaginarios de dignidad, de vida sana, de una casa sólida, de la consecución de bases mínimas para



proyectar un futuro económico con posibilidades reales de éxito, entre muchos otros más.

Al transcurrir la vida con alguien de la familia y la comunidad “con un pie en el estribo”, dispuesta a cruzar límites, afrontar y asumir retos y dolores, por la valoración de no estar plena y dignamente donde se está y como se está, los chuj y otros pueblos de frontera también tienen el desafío de digerir todo lo que conllevan tales movimientos para reproducir su cultura y hacerla florecer. Los recursos que se tienen al moverse son y serán las enseñanzas vividas en familia y en comunidad, es decir, los conocimientos que ofrecen los valores básicos para vivir en armonía y respeto consigo mismos, con los demás y la naturaleza. Lo aprendido a lo largo de la experiencia del movimiento, en el contacto con otras y otros que son diferentes, con la gente del lugar al que se llega y las exigencias propias de tal lugar, puede ser considerado como alimento para la propia cultura. Todo está en mantener la convicción de que la vida es cultural, que ésta es justo nuestra amalgama con nuestra gente, con nuestra historia, con nuestro territorio, con la madre naturaleza; que es desde nuestra cultura como podremos seguir construyendo los mejores sueños de vida, de armonía, de dignidad y de paz.

Tal vez algún día los motivos de los movimientos entre los chuj y los otros pueblos de la frontera con Guatemala estén más cargados de libertad que de exigencia. Tal vez ya no

esté en riesgo la vida y la apuesta sea más segura. Tal vez los movimientos no pongan la dignidad en juego. Tal vez con tales movimientos la sabiduría de estos pueblos sea compartida con muchos otros, quienes agradecerán en cada ocasión el privilegio de tal encuentro.

Así la humanidad crecerá y así la cultura de los pueblos se alimentará.

Bibliografía

- Lenkersdorf, Carlos, *Guatemala, el clamor del pueblo. Testimonio de Pascual el Chuj de la población desplazada en la montaña*, México, Centro de Estudios Ecueménicos, 1989.
- Limón Aguirre, Fernando, “La ciudadanía del pueblo chuj en México. Una dialéctica negativa de identidades”, en *Alteridades*, vol. XVIII, núm. 35, pp. 85-98.
- _____, *Historia chuj a contrapelo. Huellas de un pueblo con memoria*, Tuxtla Gutiérrez, Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Chiapas/El Colegio de la Frontera Sur, 2009.
- _____, “Representaciones sociales de la educación escolar entre los chuj mexicanos”, en *Pueblos y Fronteras Digital*, vol. 6, núm. 12, diciembre de 2011-mayo de 2012, en línea [http://www.pueblosyfronteras.unam.mx/a11n12/art_05.html].
- Monteforte Toledo, Mario, *La frontera móvil*, Guatemala, UNAM/ONU/Ministerio de Cultura y Deporte, 1997.